

EL DIFÍCIL PAPEL DE SER PADRES

Es curioso observar el papel de los padres desde la perspectiva sincrónica de su evolución como seres humanos. Todos nos sentimos incapaces de desempeñar dicho papel y, sin embargo, el instinto, el deseo o las propias leyes de la naturaleza determinan a un alto porcentaje de la población humana a lanzarse a esta aventura arriesgada, incómoda y muchas veces frustrante que supone el criar y educar los hijos que Dios nos manda.

No estamos preparados, nadie nace preparado; y sin embargo, generación tras generación abordamos entusiastamente este papel que se antoja cada vez más complicado. Criar y educar un hijo/a en libertad, en respeto a los demás, en solidaridad y en comunidad con todos es, en estos momentos, más difícil que en ningún otro momento de la historia.

Hasta no hace mucho, el tener descendientes suponía para la familia una necesidad esencialmente económica. En las familias pobres la supervivencia se garantizaba por el número de individuos que aportaban, con su trabajo, los medios económicos indispensables para asegurar el mínimo bienestar presente y futuro de sus miembros. Con la llegada del “estado de bienestar” la finalidad de la procreación es otra: los hijos/as se plantean como una necesidad principalmente afectiva, que el ser humano debe llenar para satisfacer plenamente sus necesidades vitales; y todo en un clima de desbordamiento de bienes y servicios.

Cubiertas pues, las necesidades primarias, el criar y educar a la prole es, hoy en día, un reto para los padres, que no se presenta nada fácil en una sociedad mediática de valores difuminados por la abundancia de bienes materiales de fácil alcance y escaso valor espiritual.

Qué difícil educar un hijo/a en los valores morales y cristianos en un mundo paganizado, inmanente y deshumanizado. Qué difícil competir con la televisión, Internet, la publicidad y la dinámica social en general, que pregonan el éxito gratis, el esfuerzo nulo y el compromiso cero. Ante esta perspectiva muchos padres sentimos la tentación de tirar la toalla, de dejarnos arrastrar por la vorágine de materialismo que nos invade y permitir que nuestros hijos/as sean transportados por este flujo sin sentido que a ningún sitio conduce. Otros abandonan definitivamente la lucha incapaces de hacer frente a esta dinámica; o egoístamente, hartos de luchar, prefieren resignarse y darse por vencidos; convirtiéndose en esclavos y a la larga mártires, devorados, al revés que Saturno, por sus propias criaturas.

Pero mi escrito no apuesta por esta última postura. Mi mensaje es de lucha, de constancia, de convicción profunda, de perseverancia en los valores que, tarde o temprano, han de servir a nuestros próceres para adaptarse, e incluso cambiar una sociedad que, si quiere perdurar, algún día tendrá que cambiar el rumbo excesivamente materialista que ha tomado.

Ahora mismo la familia debe ser la principal fuente de cambio de los hijos/as; y este cambio no se consigue dejando pasar el tiempo en la confianza de que cuando los niños maduren mejorarán por sí solos. La educación comienza con los primeros años de

vida y supone mantener un equilibrio controlado entre lo que son las necesidades y los caprichos. Es necesario establecer normas, crear barreras, determinar prohibiciones y pactar premios y castigos. Desde pequeños debemos hacer ver a nuestros hijos/as la necesidad de conseguir las cosas con esfuerzo; de dar a cambio de lo que reciben, una aportación equivalente.

Pero todos sabemos que con el tiempo las normas se relajan y los recursos de los educandos van en aumento, por lo que se hace más difícil para los padres mantener la orientación educativa de esa flecha que partía en los primeros años hacia la diana moral y ética que inicialmente nos marcamos. Por el camino, las influencias sociales tratan de desviarla soplando fuerte o interponiéndose directamente en su camino. La familia aparece firme de nuevo, haciendo el seguimiento de esa trayectoria y limando, en la medida de lo posible, las adversidades y peligros.

Dentro de la familia crece, con los años, la oposición y los enfrentamientos con los hijos/as. Es normal, es su manera de aprender, de socializarse, de ensayar lo que algún día debe ser su estreno definitivo, su puesta de largo ante los demás por sí solos. Algunos padres pretenden ser amigos de sus hijos/as; gran error, los padres no estamos para eso; nuestro papel es otro, más desagradable, más incómodo; a veces frontones, a veces membranas osmóticas por donde filtrar sólo lo que consideremos “aceptable”. Esto no es fácil, ni agradable; pero es útil, y es lo que nos están demandando. Así aprenden las normas; a valorar lo que está bien y lo que está mal; y, a la larga, a valorar y respetar a sus padres.

Ni que decir tiene que el mantener esta postura para nosotros supone una ardua lucha no exenta de desánimos, bajones y depresiones. De la constancia, perseverancia y firmeza en nuestras posiciones va a depender que en un futuro nuestros hijos/as adquieran un compromiso firme con los demás, aprendiendo primero a respetarse a sí mismos, como punto de partida para respetar y amar a los demás.

Julio Gómez Martín